



Desmenuzando unos textos empapados de vida

E Es un día de gozo, de fiesta, el que hoy celebramos. La que es **pequeñina y galana** llena siempre de alegría el “**santuario interior**”, tanto como cristianos como asturianos, y le damos gracias.

La pequeñez en la Virgen es sinónimo de sencillez y los sencillos son los que saborean en su interior las cosas de Dios; esto lleva siempre a solazarse en la paz que se regala, como precioso fruto de pascua, y que brota de esa preciosa fuente que es Santa María. De ahí que, en todo momento, podemos acercarnos “*con seguridad al trono de la gracia para alcanzar misericordia*” cfr Heb. 4,16; precioso evangelio con el que se abre la celebración eucarística del día de hoy. María es ese trono.

Este secreto que descubren los humildes, es debido a que el buen Dios les llena el corazón de luz y comprenden que, en su regazo de madre, siempre se podrá encontrar el “*auxilio oportuno*”, como aconteció en las raíces de nuestra historia cuando peligraba el don de la fe.

Mucho es lo que recibimos de la Virgen, que “*brilla en el cielo más bella que el sol*” y la mejor manera de responder es...el agradecimiento puesto que, como escribió Séneca en su carta 81 “**nihil grato animo honestius**”; es decir: “**nada es más honorable que un corazón agradecido**”. ¡Qué hermosa palabra, la de ‘**gracias**’, para orar...para relacionarnos con los demás... para decírselo a la Santina en este día, sabiendo que “*en los huecos de la peña, en la concavidad abrupta*”,

podemos ver su figura, oír su voz y su voz es dulce y su figura hermosa, como así se proclama en la lectura primera de esta solemnidad. cfr. Cant 2, 14

Nos acercamos a la Virgen para encontrar la fuerza oportuna, a fin de poder vivir la alegría del evangelio, siguiendo las huellas que ella nos dejó: humildad y sencillez.



La fortaleza, en el pensamiento griego, se entiende como fuerza de ánimo frente a las adversidades de la vida; como dominio de las pasiones para poder ser dueño de uno mismo; como virtud con la que el hombre se impone por su grandeza, y nuestra grandeza se encuentra el saber que somos hijos de Dios y que hemos de vivir como tales. Es todo un reto, particularmente importante, en estos tiempos en los que se nos invita a olvidarlo.

La fortaleza es don de Dios, y Dios la da quien confiesa su propia debilidad y le invoca con confianza: “*Encomienda tu camino al Señor, confía en él, y él actuará*” (Sal 37, 5). Dio fuerza a David, que se presenta frente a Goliat en nombre de Dios (cfr 1 Sam 17, 45); dio fuerza a don Pelayo cuando, acorralado en una cueva con un pequeño número de seguidores, ante el peligro que estaba viviendo, de su corazón brotó esta certeza que se hizo oración gozosa: “*nuestra esperanza se encuentra en Cristo*”.

En cambio, cuando el hombre presume de vivir de espaldas a ese “*sol que nace de lo alto*” cfr Lc 1, 78. que es Jesús, como así lo celebra la Iglesia cada mañana en

las Laudes matutinas, el pecado y los ídolos lo esclavizan, y él, a su vez, esclaviza a sus semejantes (cfr Gén 11) haciéndoles daño.

El modelo de fortaleza es el Señor, el Hijo de María. De ahí que en el regazo de la Virgen se muestra la figura de Jesús-niño, que por el misterio de la encarnación asume y experimenta la debilidad humana a lo largo de su vida mortal: al nacer, en los cuarenta días de desierto, en la oración en el huerto de Getsemaní, en la cruz, donde muestra el grado supremo de fortaleza en el cumplimiento de la voluntad del Padre, y confirmando en su propia carne lo que había aconsejado a sus discípulos: “*No tengáis miedo a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma; temed ante todo al que puede hacer perder alma y cuerpo en el infierno*» (Mt 10, 28).

El discípulo de Cristo, que sabe que “*el Reino de los Cielos padece violencia, y los esforzados lo conquistan*» (Mt 11, 12), que ha de seguir a su Maestro llevando la cruz, que tiene que esforzarse por entrar por la puerta angosta, permanecer firme en la verdad y afrontar con paciencia los peligros que proceden del enemigo, necesita de esta virtud.

Pero se trata de una fortaleza sobrenatural. No basta con las fuerzas humanas para alcanzar la meta a la que está destinado, de ahí la necesidad de “*acercarnos con seguridad al trono de la gracia* -que es María- *alcanzaremos la fortaleza que necesitamos en el momento oportuno*”.

Hoy es la fiesta de la Santina de Covadonga, y nos llena de alegría porque “*brilla en la altura más bella que el sol*”; gocemos y démosle gracias.





Un salmo para rumiar

Lc 1,46-47.48-49.50-51.52-53.54-55.

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado
la humildad de su esclava.
Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo;
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.
El hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón.
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes;
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.
Auxilia a Israel su siervo,
acordándose de la misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abrahán
y su descendencia por siempre.

Nacidos de un arrebatado de entusiasmo, los salmos de alabanza multiplican las palabras en un intento de describir a Dios y su grandeza.

-Alabanza y confesión.

La alabanza es ante todo una confesión de la grandeza de Dios. En diversas y numerosas formas, la alabanza se introduce casi siempre mediante un anuncio solemne. Este anuncio presupone la asamblea de los

justos; los de corazón recto, los humildes, que pueden comprender la grandeza de Dios y cantar su grandeza. -Alabanza y canto. La alabanza proviene del asombro y la admiración ante la presencia del Señor y esto supone un alma abierta y absorta que se puede expresar por medio de un grito, una exclamación, una ovación de alegría ante lo que contempla y ve que, en este caso, como aconteció en María y se proclama en el evangelio del día de hoy.



-Alabanza y adoración.

La alabanza siempre aparece ligada a la liturgia, en la que se canta y celebra la gloria del Altísimo. El Dios de la Revelación divina es grande, es poderoso, es magnífico, está lleno de amor, ternura y fidelidad. La actitud que uno siente ante Él es de adoración, gratitud, confianza, abandono, en definitiva, canto agradecido. El primer deber del cristiano no es la observancia de los mandamientos; la alabanza de la gloria del Todopoderoso es lo primero, porque se celebra a quien quita el pecado del mundo y lo hace perdonándolo. Un texto de la liturgia eucarística nos invita a rezar a Dios de esta manera, dice así: «Aunque no necesitas nuestra alabanza, tú inspiras y haces tuya nuestra acción de gracias, para que nos sirva de salvación por Cristo Señor» (Misal Romano, Prefacio común IV). Alabando somos salvados. Afirma el Papa Francisco

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO XXIII "PER ANNUM" "B"

Nuestra Señora de Covadonga



Un texto para guardar en la memoria del corazón

Lucas 1, 39-47

En aquellos días, María se puso en camino y fue a la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.

En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y dijo a voz en grito:

-¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. ¡Dichosa tú, que has creído!, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.

María dijo:

- Proclama mi alma la grandeza del señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador.